

CAPÍTULO I

En las aguas del Nilo. Año 2035 (25 años antes)

El suave atardecer se dejaba llevar por una tenue luz de color naranja, mientras la dulce y cálida brisa acariciaba el rostro de Naburu. El velo de vivos colores que cubría su cabeza se mecía acompasadamente en armonía con todo lo que la rodeaba.

Su preciosa cara de tez oscura aumentaba esplendorosamente la luminosidad de sus grandes ojos verdes. En plena naturaleza, su cabaña situada en una loma, divisaba una inmensa extensión de dorada arena, flanqueada por el serpenteante surco de un cristalino riachuelo, el cual, siguiendo sus caprichosas curvas cruzaba por debajo de su dominio, sembrando de verde los campos que ella misma cultivaba.

Vivía sola, en un recóndito paraíso situado aguas arriba del Alto Nilo. En el palmeral, junto al vergel al que conducía el corto camino que salía del portal de su cabaña, pacían tranquilamente la docena de cabras de su rebaño, observadas de reojo por su amigo y viejo asno, el cual aprovechaba también las últimas horas de luz de la espléndida tarde para saborear la hierba, preparándose para el descanso nocturno.

Su existencia era absolutamente apacible. Tenía todo lo que necesitaba para subsistir. Agua fresca, legumbres y hortalizas, frutos del palmeral, queso y leche, y peces sabrosos del arroyo, cuya carne acostumbraba a secar al sol para consumirla cuando le apeteciera.

La cabaña, construida a base de cañas entrelazadas con hojas de palmera y adobada con barro, era sumamente confortable.

Fresca mientras el nítido sol la iluminaba de frente y es tanca si el viento o la esporádica lluvia hacían acto de presencia.

En una esquina de la estancia principal había un hogar con una campana y chimenea de barro cocido por el propio fuego. En el ángulo contrapuesto, estaba su dormitorio, formado por un cómodo camastro rodeado por pequeñas oquedades horadadas en la propia pared, donde Naburu guardaba ordenadamente todos sus enseres personales.

El resto del hábitat estaba destinado a despensa, almacén variado y una gran mesa con tres taburetes. Curiosamente eran tres, a pesar de que vivía sola y raramente recibía visitas. Quizás ocasionalmente se detenía cerca de su casa algún que otro mercader camino de la aldea más próxima, donde mensualmente y durante dos días consecutivos, había mercado. A Naburu no le gustaba demasiado dejar su estimado pedazo de tierra para trasladarse andando, acompañada de su fiel asno, hasta el poblado.

Pero, de vez en cuando, no tenía más remedio que hacerlo.

Comprar las cuatro provisiones que no podía conseguir sola. Sal y arroz, en cuanto a alimentos se trataba, y telas varias que ella misma después confeccionaba, para realizarse sendos

vestidos a modo de túnica que se deslizaban por su largo y esbelto talle, realizando aún más si cabe su espléndida figura.

En esta época, Naburu tendría alrededor de treinta y cinco años. Hay que reconocer que si bien el lugar escogido por ella para vivir era asombrosamente bello y cargado de un especial encanto, Naburu todavía lo era más. La naturaleza la había dotado de una grácil fortaleza, tanto física como mental, acompañada de una belleza natural fuera de lo común.

Era una tarde apacible y Naburu se había entretenido pescando en un remanso del riachuelo. Regresaba tranquilamente hacia la cabaña con tres magníficas capturas, mientras un sol

13

inmenso, entre rojos y anaranjados movimientos, se ocultaba detrás de la gran duna pintando de colores los restos de algunas deshinchadas nubecillas. La oscuridad de la noche iba tomando protagonismo en un cielo de aire cálido y seco, sin una brizna de contaminación humana, por lo que a medida que transcurría el tiempo, lo que en principio parecía oscuridad, se iluminaba progresivamente de estrellas, a cual más brillante, sembrando un tupido tapiz de puntitos plateados que incluso en las noches sin luna, iluminaban la cabaña, el palmeral y el desierto que les envolvía de un tono violáceo oscuro.

Antes de acostarse, Naburu tenía la costumbre, ya que le deleitaba permanecer un rato fuera de su cabaña, salir y sentarse a contemplar aquella infinidad de lucecitas plateadas.

Aquella noche no fue una excepción y mientras estaba sentada en el suelo, con la espalda y la cabeza apoyadas en el muro exterior de la cabaña, le llamó la atención una estrella especialmente distinta, la cual nunca había visto antes. Parecía que se deslizaba rápidamente hacia ella desde un punto no muy alto del horizonte. Su color no era brillante y plateado como el resto de los astros que veía. Parecía más bien una pequeña bola de fuego rodeada por un halo violeta en forma de sombrilla. Totalmente concentrada, los verdes ojos de Naburu, seguían la trayectoria de lo desconocido. En pocos minutos, la pequeña bola de fuego ya era mucho mayor. Ya no tenía un halo violeta, sino que se perfilaba claramente como un objeto aparentemente en llamas, que se acercaba a gran velocidad hacia su cabaña.

Atónita, se puso de pie, entreabriendo los labios, mientras el gran objeto volante con la panza al rojo vivo pasaba a unos escasos cincuenta metros de su cabeza, silbando con un pitido ensordecedor, que instintivamente le hizo taparse los oídos. Segundos después, el silbido cesó dejando lugar a un estruendo seguido del chirriar del metal al arrastrarse por la arena de la

14

gran duna. A continuación, el silencio y la quietud invadieron de nuevo el entorno.

El CIDAG. Centro de Investigación y Desarrollo Avanzado de la Genética (CUARENTA HORAS ANTES)

Hacía ya semanas que en el CIDAG se trabajaba intensamente. Todo el personal del centro sabía o intuía, dependiendo del estamento, que el proyecto de la misión Ski 20 estaba casi ultimado. Se palpaba en el ambiente un cierto nerviosismo,

así como también una curiosidad manifiesta por saber más sobre el posible experimento que la misión iba a llevar a cabo.

Lo cierto es que todo el estudio del programa había sido un alto secreto sólo conocido completamente por los tres directores del Centro. El resto del personal, incluyéndome a mí mismo, Dr. Peter Roy, jefe de la sección de biogenética, conocíamos tan sólo lo que se nos había encargado realizar.

Aquella misma mañana, sin previo aviso, se nos convocó a una reunión urgente en el departamento de Dirección. Desconocíamos quiénes éramos los citados y de lo que se nos iba a informar.

A las 11 en punto de la mañana, la azafata abrió de par en par las dos hojas de la puerta de la sala de juntas. Frente a mí, apareció una gran mesa de caoba rodeada de 20 confortables sillas. Encima de la mesa, coincidiendo con cada ubicación, había un portafolios, una botella de agua mineral con su vaso y un cartoncito amarillo doblado en su parte inferior para mantenerse erguido, en el que había escrito el nombre de cada persona que iba a ocupar su correspondiente sitio. Entré con paso lento en la sala a pesar de que mi corazón latía con más fuerza de la habitual y me dispuse a seguir con la mirada las 15 cartulinas hasta dar con la que rotulaba mi nombre.

¿Quince? Así era. Había cinco plazas anónimas. Quizás se trataba de un error.

15

Puntualmente los convocados iban entrando en la sala, e igualmente como yo había hecho, buscaban su nombre y se instalaban en su silla. Doce jefes de nuestras respectivas secciones, estábamos sentados contiguamente alrededor de la majestuosa mesa. A continuación aparecieron juntos nuestros altos directivos, saludaron cordialmente a los asistentes en general y tomaron asiento en su lugar, dejando libres las cinco sillas sin nombre del extremo final de la estancia.

–Señores, muy buenos días –exclamó M. Borne, director en jefe del CIDAG, rompiendo el murmullo que provocaban los asistentes y reclamándoles su atención.

–Esta reunión es relativamente confidencial. La información que van ustedes a recibir, no debe ser divulgada bajo ninguna circunstancia en este momento. Confiamos plenamente en ustedes tanto por su elevada cualificación científica como personal. Tienen ustedes todos los detalles de la operación en su correspondiente portafolio, el cual no deben abrir ahora, sino prestar atención a lo que se les va a comunicar. Tendrán ustedes tiempo suficiente después de la asamblea para leerlo tranquilamente. En un plazo de 13 horas, a medianoche en punto, vamos a participar en el lanzamiento de una nave espacial. Una nave tripulada por tres cosmonautas y dotada de un completo laboratorio informatizado para completar la misión para la que ha sido diseñada.

Nuestro centro ha participado activamente en el proyecto, aunque exclusivamente en lo que concierne a la ingeniería genética. El conjunto de la misión y su finalidad les va a ser expuesto a continuación por sus últimos responsables, que ustedes tendrán el placer de conocer en breves momentos. Agradecería

prestasen su máxima atención y me gustaría que entendieran ahora, que nuestro Centro ha trabajado eficazmente prestando sus servicios, pero que a partir de este momento, toda la responsabilidad del futuro programa ya no recae en nuestras

16

manos. Detrás de las cinco personas que van a conocer existen gobiernos, estados y administraciones que están por encima de nuestras propias opiniones personales.

En el lateral de la gran sala de juntas y camuflada por unos estantes de una librería, se entreabrió una puerta secreta, deslizándose en la habitación cuatro hombres y una mujer. Sin apenas gesticular, tomaron asiento en el extremo de la mesa, dirigiéndose sin preámbulos al resto de asistentes.

El más veterano de todos, un hombre alto y delgado y con el pelo totalmente blanco, con una voz rotunda y fría, tomó la palabra.

–El fin del proyecto Ski 20, consiste en la fecundación in vitro y posterior nacimiento de un ser humano en el espacio bajo condiciones de ingravidez, lo cual no les parecerá una novedad.

La peculiaridad de nuestro objetivo será obtener un ser vivo con unas características predeterminadas. Para ello una vez fertilizado un óvulo femenino con nuestro material genético específico, será introducido por vía transcutánea, en un útero humano, para lo cual se ha seleccionado entre multitud de candidatos a la Dra. Helen Parker, aquí presente, la cual aportará su matriz, para ser inseminada en la misma nave. Por otra parte, el material genético con el cual será inseminada la doctora ha sido cuidadosamente elaborado y manipulado en sus laboratorios, con la finalidad de obtener un embrión y un futuro niño con unas características físicas e intelectuales concretas. Este futuro neonato será especialmente resistente a enfermedades, dotado de un coeficiente intelectual muy por encima de la media y con unas cualidades físicas envidiables para todos nosotros. Esto es todo lo que por el momento ustedes deben conocer. Este proyecto es un proyecto estrictamente científico, por lo que no se ha sometido a ningún tipo de debate moral. En un futuro próximo, cuando la misión haya sido completada y estoy completamente convencido de que se

17

completará con un rotundo éxito, será expuesta a los medios de comunicación y daremos paso a los dilemas morales y religiosos de nuestro complicado mundo, en un ámbito ya fuera de lo esencialmente científico. Buenas tardes, señores. Pueden retirarse... Excepto el Dr. Roy, que si es tan amable me gustaría que esperase unos instantes.

Los distintos científicos del Centro fueron saliendo de la audiencia en silencio, con una expresión en la cara de haber recibido una noticia contundente, irrevocable y con claros deseos de haber podido aclarar todas sus dudas, participando en una sesión científica más amplia. Capté en el ambiente un aire de descontento, con un sentimiento de haber sido utilizados en un engranaje de trabajo en cadena, del cual ni tan sólo se había conocido su teórico final.

Pues bien, allí estaba yo esperando, cuando resonó de nuevo

la misma voz, diciéndome:

–Necesitamos de usted una colaboración más. Cuatro horas antes del lanzamiento, será usted recogido por uno de nuestros vehículos y acompañado hasta la plataforma de lanzamiento. Deberá supervisar el laboratorio de biogenética instalado en la nave. Sabemos que está todo en orden, pero aún así, queremos que usted en persona le dé un último vistazo acompañado de la doctora, a quien ahora usted ya conoce. Para su información, además, debo decirle que a parte de doctora en biogenética, Helen es astronauta y experta en informática. La arrogancia de aquel individuo me molestaba profundamente. Como mínimo podía haber agradecido a todo el personal en general, el duro trabajo que se había llevado a cabo en las últimas semanas, y por qué no, a mí también.

CAPÍTULO

2

El Ski 20

Alrededor de las ocho de la tarde, aparcó en doble fila un coche negro justo enfrente de mi casa, del cual descendió un individuo impersonal, llamó a mi puerta y me invitó a seguirlo sin demora. Yo ya estaba preparado, por lo que tan sólo me detuve un instante para recoger mi chaqueta, y subí a la parte trasera del coche.

Viajamos aproximadamente una hora. Primero por carreteras principales, hasta que nos desviamos por carreteras comarcales e incluso rurales, de modo que perdí el sentido de la orientación y no puedo precisar el itinerario de nuestro recorrido.

De improviso apareció ante mis ojos una gran rampa de lanzamiento que sujetaba verticalmente una nave parecida a los antiguos laboratorios espaciales, aunque de mayor tamaño, y me pareció también ligeramente más panzuda. El vehículo que me transportaba frenó bruscamente frente a una edificación prefabricada y pude observar que en el vestíbulo, de pie, estaban aguardándome la Dra. Helen Parker de la reunión del mediodía y el capitoste de pelo blanco.

–Bienvenido Dr. Roy. Tenga la amabilidad de acompañarnos...

Seguí de cerca a la curiosa pareja y tomamos un ascensor que nos llevó hasta la parte superior del vehículo espacial. Penetramos en su interior y fui alertado de que no abandonase en ningún momento la escalera vertical, que recorría la nave

20

de inicio a fin, la cual quedaría situada en el techo una vez ésta estuviera en vuelo horizontal orbital alrededor de la Tierra. Descendimos con cuidado por la misma, hasta detenernos en una zona destinada a laboratorio. Mi gran sorpresa fue observar que era muy espaciosa y una réplica concentrada de nuestro laboratorio en el CIDAG. Tenía todo aquello con lo que habíamos trabajado durante meses. Cuidadosamente ordenados y clasificados estaban la gran mayoría de los mapas genéticos de multitud de animales terrestres. Mamíferos por supuesto, pero también anfibios, reptiles, insectos y peces. En unos pequeños envases de zirconio, ordenados en un recipiente plano y perforado para cada envase, estaban etiquetados los genomas de especies seleccionadas por algún motivo, e inmersos en un fluido especial que mi deducción me llevó a pensar en algún material conservante. Todo ello mantenido a una temperatura constante por un sistema de refrigeración de lo más sofisticado. Continuando nuestro descenso por las escaleras del laboratorio, apareció ante mi un nuevo refrigerador transparente, cerrado herméticamente, donde estaban almacenados diversos óvulos humanos a los que se les había extraído su propia carga genética. Enfrente del mismo, al otro lado del espacio tubular de la nave, estaba ubicada una especie de litera que podía ser cerrada por una campana de un compuesto nítido, parecido al cristal o quizás a un plástico de alta resistencia. En su tercio

caudal, había un brazo articulado y extensible que encajaba con una zona perforada de la campana, para que su cabeza dotada de una aguja de unos quince centímetros pudiera penetrar en el interior de la cápsula. Todo el equipo estaba centralizado y controlado por un ordenador, con diferentes teclados y pantallas estratégicamente situadas.

Poco a poco, en mi mente, todo fue tomando forma. En realidad era simple. Se pretendía fertilizar un óvulo de los existentes, una vez descongelado, e insertarlo en el interior del útero

21

de la madre de alquiler, que en este caso iba a ser la doctora cosmonauta. De lo que no me di cuenta o me pasó desapercibido era dónde estaba de entre los pequeños envases de zirconio, el susodicho material genético humano manipulado, el cual debía de ser introducido en el respectivo óvulo.

-Dr. Roy -interrumpió mis pensamientos la voz del capitoste de pelo blanco-. Como podrá comprobar todo el laboratorio ha sido adaptado a un vuelo espacial, partiendo del modelo de su propio departamento en el CIDAG. La doctora, tal y como le mencioné, aparte de ser una experta astronauta, también conoce en profundidad todos los temas relacionados con su especialidad. A propósito, Dr. Roy, puede llamarla por su nombre de pila. Helen. Si observa alguna discrepancia importante que usted crea que pueda no hacer funcionar correctamente el equipo, le agradecería que lo mencionara ahora. Si no, le voy a mostrar lo que se sale de sus conocimientos habituales y creo que lo encontrará fascinante. Me he percatado de que se fijaba en la litera ovoide que tiene usted detrás. No es simplemente una cama de descanso. Tiene autonomía propia regulada por su individualizado programa informático. Verá usted, con el volumen del cuerpo de una persona de constitución normal, por el contacto con los sensores ubicados tanto en las paredes laterales como en el fondo, el programa informático se inicia. Al principio analiza mediante scanner y resonancia magnética el cuerpo depositado en su interior. Si éste no corresponde a una mujer con unas características anatómicas parecidas a las de Helen, próxima inquilina del lugar, el programa se interrumpe. A continuación, si todo marcha correctamente, analiza la posición exacta del cuerpo y concretamente busca y delimita de forma muy precisa el espacio interno uterino del cuerpo de la persona yacente. ¿Qué le parece? Por propio automatismo, si el programa no ha encontrado ninguna anomalía, continúa con su labor e inicia la secuencia, para que el robot que tiene

22

el brazo articulado, al que usted está mirando, recoja por aspiración el óvulo fertilizado por él mismo previamente en esta zona derecha del laboratorio. El brazo articulado se desplaza e introduciendo la aguja milimetrada por las ranuras respectivas, atravesando la piel del abdomen de la útero-donante, es capaz de insertar el óvulo en la pared interna del órgano con tan sólo un error de unas milésimas de milímetro. Es prácticamente atraumático e indoloro. El traje espacial de la Doctora está confeccionado de manera que en su zona abdominal es muy delgado aunque resistente, pero fácilmente perforable por el

cabezal de la aguja del brazo articulado. Finalizado el proceso, éste se retira y se abre automáticamente la cúpula protectora de la litera. La nave permanecerá en órbita durante los siguientes diez meses. Terminado el periodo de gestación, tendrá lugar el parto. Para ello, se ha destinado la siguiente zona del laboratorio a la que vamos a descender.

Peldaño a peldaño, bajamos hasta otra zona que más que un laboratorio, me recordaba a un quirófano destinado a partos. También allí todo estaba informatizado, con la diferencia de que el programa, muy completo, podía ser dirigido por el propio usuario. El ginecólogo era un robot que respondía a las opciones del programa. Del mismo modo, el anestésico, otro robot, estaba preparado para proporcionar anestesia epidural con una precisión tal, igualable al más hábil especialista de cualquiera de nuestros hospitales. En fin, el conjunto estaba perfectamente estudiado para que la partera que iba a dar a luz, pudiera por sí misma dirigir el parto y solventar cualquier circunstancia que se presentase a modo de complicación.

La visita continuó unos veinte minutos más. Terminaron de explicarme todo el funcionamiento del quirófano y de la zona de neonatología, donde el recién nacido iba a recibir unos cuidados extraordinarios de la mano de todas aquellas máquinas sofisticadas. Finalmente, la pregunta de rigor: si opinaba que,

23

en lo que a mí me concernía, la biogenética, el laboratorio reunía las condiciones apropiadas. Medité la respuesta unos instantes y solté mi opinión. En tierra, el laboratorio seguro que era de lo más avanzado, pero yo, como desconocedor del mundo aeroespacial, no podía ni imaginarme el funcionamiento del mismo con la nave volando a miles de kilómetros por hora en órbita alrededor del planeta.

Pareció que la respuesta les satisfacía. Seguramente también debido a sus altas dosis de autosuficiencia.

–Dr. Roy, debemos abandonar el Ski ahora.

Treinta minutos antes del despegue, los tres astronautas incluida la Dra. Helen Parker, estaban ya situados en los asientos de la cabina de la nave y con su indumentaria espacial al completo. Se estaba iniciando la cuenta atrás y no se presentaba el más mínimo incidente que por el momento obligara a detener el lanzamiento. Los propulsores de la nave, chequeados por ordenador, respondían a la perfección. El equipo general, tanto de supervivencia como de laboratorio, había sido supervisado una y otra vez.

Llegó el momento, y el último minuto transcurría imparable. Los motores del Ski empezaron su ignición, con progresivo aumento de su intensidad. Quedaban diez segundos para el despegue definitivo. Desde el puesto de control central de tierra (CCT), se oían resonar los números del uno al diez en sentido inverso, hasta que llegó el cero y los inyectores de los motores del Ski abrieron totalmente su capacidad, sonando con un estrepitoso zumbido. La nave empezó a levantarse del suelo, al principio muy lentamente, guiada por los andamiajes que la sujetaban, como si no deseara partir hacia el espacio. En dos o tres segundos arrancó el vuelo con una fuerza brutal

desplazando todo lo que la rodeaba y la sujetaba. Los tres astronautas, reclinados en sus butacas, temblaban conjuntamente con la vibración de toda la estructura de la nave. La velocidad

24

aumentaba por momentos, y, en breves minutos, ya abandonaban la estratosfera terrestre para sumergirse en la inmensidad del espacio que nos envuelve.

El tanque de combustible de los motores principales, vacío y una vez cumplida su misión, se desprendió del Ski tal y como estaba previsto, sin novedad alguna. La primera fase de la operación había sido un éxito. Los tres ocupantes de la cabina entraron en órbita terrestre, encendieron los motores secundarios para estabilizar la nave y, una vez situados en posición, los pararon inmediatamente, ya que los reutilizarían para regresar a la atmósfera terrestre al iniciar la vuelta a casa.

La misión completa del gran laboratorio, clínica y hábitat volante, estaba prevista para diez meses. En este plazo, si todo salía tal y como estaba programado, el Ski volvería a la Tierra con cuatro tripulantes, aunque éste último apenas tendría varias semanas de vida extraterrestre.

Una vez estabilizada la nave en su órbita correspondiente, los astronautas abandonaron sus cómodos sillones de cabina, e iniciaron el recorrido de inspección por todas las zonas interiores. Hicieron las comprobaciones necesarias del estado del material e instrumental de a bordo. Todo estaba perfectamente, por lo que después de contactar con el CCT, estaban ya preparados para la segunda fase de la misión. En las próximas horas, la Dra. Helen P., prepararía el laboratorio y sus anexos, para la fertilización de uno de los óvulos y su posterior toma por parte de la pipeta del brazo articulado.

Mientras tanto, en Tierra, en un apartamento de las cercanías del Hospital Santa Sofía, sonaba un reloj despertador en su dormitorio principal. Con cara de sueño, el Dr. Claudio Hernández entreabría los ojos y miraba por la ventana hacia el cielo.

Era un individuo de mediana estatura, alrededor de unos cuarenta años de edad, físicamente sin ninguna característica especialmente relevante o digna de atracción. Miope interve25 nido quirúrgicamente, por lo que sus ojos oscuros tenían una rara expresión. Bastante calvo desde su juventud por lo que se había practicado también un trasplante de pelo.

Se duchó, tomó simplemente un café como desayuno, y salió con una inusual prisa hacia el Hospital. Conducía un coche deportivo muy lujoso, que no encajaba con el aparente tipo de persona que transmitía ser. Resonó un ronroneo agradable al dar el contacto del motor y los trescientos caballos de potencia impulsaron el coche a través del asfalto en dirección a Santa Sofía. En el año 2035 este tipo de vehículo era una rareza. Los coches con energías alternativas, bajos en consumo y poco contaminantes se habían impuesto. Pocas personas poseían algo similar, penalizado por unos impuestos de compra y matriculación muy elevados. A pesar de ello, todavía existía alguien que anteponeía su ego personal a las necesidades del planeta.

–Buenos días, doctor, llega usted muy temprano hoy. ¿No ha dormido bien? –le saludó el conserje atentamente.

Asintiendo sólo con la cabeza y sin cruzar palabra, Hernández se dirigió directamente hacia el fondo del vestíbulo y tomó uno de los ascensores. En la cuarta planta estaba su despacho, aunque el ascensor no se detuvo hasta el noveno piso. Bajó con cautela, pero con paso decidido y la cabeza erguida, como era habitual en él. Denotando una falsa seguridad en sí mismo, siguió el pasillo hasta el fondo, penetrando en la sala principal de informática. Puso en funcionamiento uno de los ordenadores y entró en la red. Escribió un mensaje aparentemente intrascendental, y abandonó la sala a toda prisa. El mail decía: El mar está en calma, pero los peces pronto tendrán hambre.

Casi al mismo tiempo, el mensaje era recibido por el ordenador portátil de Helen P., situado entre sus pertenencias personales teóricamente consentidas, colocadas en los estantes cerrados de su cámara de descanso de la nave. Disimuladamente la doctora leyó el mensaje esbozando una media sonrisa. La

26

traducción de las palabras de Hernández no querían decir ni más ni menos, que nadie sospechaba nada de su conexión y que el gran negocio que querían llevar a cabo continuaba con lo preestablecido. En fin, sin novedad.

Hacía ya tiempo que ambos especialistas se habían confabulado para tramar un plan paralelo al de los estamentos del proyecto básico, que teóricamente les redundaría en unos grandes beneficios económicos con poco riesgo. Se habían conocido en el mismo Hospital Santa Sofía, donde la Dra. Helen P. era atendida como paciente en la fase de selección física y psicológica de la futura cosmonauta que iba a ser madre de alquiler.

El Dr. Hernández era un personaje muy ambicioso, y anteponía a cualquier sentimiento personal sus desmesuradas ansias de triunfo individual. Helen encajaba a la perfección en sus planes de futuro.

Ambos pretendían sustituir el material genético creado por el CIDAG por otro elaborado por la propia doctora; adelantarse a los resultados que debía obtener la misión del Ski, vendiendo la tecnología y el sistema de manipulación genética al mejor postor.